

HOMILÍA

Domingo IV de Cuaresma

1Sam 16, 1b.6-7.10-13a.

a. Contexto

Se acerca la celebración de los Misterios de la muerte y resurrección del Señor: la alegría del triunfo del bien sobre el mal se nos adelanta en este Domingo de *Laetare*, de gozo inicial por el Señor Muerto y Resucitado.

Si la semana anterior el agua se constituía en signo de la gracia purificadora de Dios, hoy la luz de Cristo nos ofrece la claridad, para salir de las tinieblas, como David, ungido rey, es signo de Dios en el pueblo.

Junto a la 'Ley' y los 'Escritos' de los sabios, los profetas forman el triple cuerpo de Libros de la llamada Biblia Hebrea. En el grupo de los profetas se hallan los denominados Profetas Anteriores.

Éstos son: Josué, Jueces, Samuel y Reyes. Y dentro de este mismo cuerpo de los profetas se encuentran también los que designamos como profetas en general, conocidos como Profetas Posteriores.

En la Biblia basada en la traducción de los LXX, los Libros de Josué, Jueces, Samuel y Reyes (Profetas Anteriores) forman parte también de los Históricos, junto a Crónicas, Esdras, Nehemías, Macabeos, y otros.

Es decir, que Samuel (con dos Libros) tiene elementos proféticos, a la vez que es considerado como escrito histórico de base deuteronomista: desde el reparto de Canaán, hasta el exilio de Babilonia (s.VI a.J.C.).

Este encuadre parece interesante para entender los diversos aspectos del mensaje teológico que la Iglesia recoge de los Libros del A.T. Así, en Samuel se hace teología de la historia sobre la monarquía de Israel.

Junto a esta Monarquía nace el Profetismo y el Sacerdocio de Masoc, mientras Jerusalén es designada centro político y religioso. Y la dinastía de David es presentada como depositaria de las *promesas* de Dios.

Los dos Libros de Samuel (uno solo en la Biblia Hebrea) son obra de un autor del postexilio, atribuida a Samuel a partir de una interpretación de 1 Cr 29, 29, ya desde el s.II d.J.C.

El esquema de ambas obras puede ser éste:

- Historia de Samuel (cf.1Sm 1-7).
- Samuel y Saúl (cf.1Sm 8-15).
- Saúl y David (1Sm 16-2Sm 1). Aquí aparece nuestro texto de hoy.
- David, Rey (cf.2Sm 2-8).
- Sucesión de David (cf.2Sm 9-20).
- Apéndices (cf.2Sm 21-24).

b. Texto

El cuadro literario que presenta el texto de la liturgia de este Domingo se centra en la rivalidad entre hermanos, al ser rechazado el primogénito en sus derechos: caso de Esaú-Jacob, por ejemplo.

Aquí, es la unción de David como Rey, último hijo de Jesé. En el pasaje es Samuel quien unge al joven David, tradición desconocida en otros libros históricos de A.T. posteriores.

El profetismo en Samuel, queda rehabilitado. Después de ungir al malvado Rey Saúl anteriormente (cf.1Sm 9,11-25), Samuel consagra ahora a David, en quien se concentra la esperanza de la promesa de Dios.

La promesa conlleva el recibir la herencia de las bendiciones, la herencia de la plenitud del Mesías. Como en el caso de Saúl, la consagración se realiza en un acto presidido por Samuel (cf.1Sm 16, 1-13).

En ambos casos se trata de jóvenes desconocidos, dedicados a tareas del campo. A ninguno de los dos los esperaba nadie como depositario de la elección divina, realizada las dos veces por un profeta de Dios, Samuel.

Esta tradición difiere de otras versiones, como la de la lucha con Goliat, donde David se convierte en Rey (cf.1Sm 17, 12-30). Se trata de Samuel, mediador con el espíritu de Dios derramado sobre el elegido.

Por tanto, aquí es cuestión de resaltar la teología de la gracia de Dios, que prescinde de los criterios humanos para elegir a los que Él encomienda labores esenciales.

Dios no tiene en cuenta los méritos de nadie, sino elige graciosamente.

c. Para la vida

El canto a las madres estériles y a los hermanos menores (¡los segundones!) no equivale a la consagración de la mediocridad, ni mucho menos.

Es cuestión de hacer ver la gracia de Dios, su libre elección. Se trata de percibir su fuerza salvadora no atada a los méritos de nadie. Dios no ratifica el escalafón ni las oposiciones ni la relación de méritos y servicios.

Eso es lo que hacían los que aspiraban a un puesto en las provincias españolas de América durante los siglos XV-XIX. ¡No funciona esto así! No es cuestión de esfuerzo puro y duro...

Las labores del Reino están hechas a base de gratuidad, de don de Dios, de apertura universal a los hermanos, y de desprendimiento, de sentido de la donación, de la 'pobreza' al servicio de la causa.

Claro que hay que ser competentes, utilizar la razón, dialogar al proyectar: ¡claro que sí! Pero, de ahí a creernos que realizamos un proyecto donde damos benignamente cabida a Dios, no hay más que un paso.

La iniciativa es de Dios: y eso es muy fácil de olvidar cuando echamos la carne de nuestro prestigio y valía, en el asador. Dios cuenta con nosotros, con nuestras capacidades (¡como debe ser...!).

Pero, fijaos, amigos, amigas en la fe, Dios pide, sobre todo, nuestra entrega sin recovecos de egolatría, ¿sabes? Nada del recurso fácil a tapar nuestra incompetencia con la cantinela de la voluntad de Dios.

Aquí de lo que se trata es aceptar en la vida el don de Dios, que todo (¡hasta nuestra respuesta, siendo totalmente nuestra!) es regalo de Dios, su gracia.

La debilidad del instrumento no es un canto a la torpeza, sino el reconocimiento de que la obra es de Dios. Esto resulta difícil al hombre moderno, al hombre de la racionalidad científica, amiga, amigo, pero es así.

Y no digamos nada lo que se resiente la sensibilidad posmoderna de no poner de relieve hasta el mínimo detalle de un montaje 'perfeccionista' de corte estético, última generación...

Bienvenidos los recursos humanos, pero el quiosco es de Dios, y su estilo es enseñarnos su gracia, que no se compra con méritos humanos. Moisés era tartamudo, y fue instrumento del pueblo (cf.Ex 4, 10-12).

O sea, que contamos con la racionalidad de los medios, pero el origen es la llamada salvadora de Dios, ¿estamos? ¡Pues eso, que nunca acabamos de creérnoslo!

Antonio Jesús Rodríguez de Rojas sdb
antonio.rodriguezderojas@salesianos.edu